

YO SOY INVISIBLE

ZAHI

YO SOY INVISIBLE

Producido y Distribuido por Santuarios.com

Permitida la copia o reproducción parcial o total de esta obra con fines netamente personales y sin que ello conlleve al lucro de cualquier persona o entidad.

1998

LA SALIDA DEL PARAISO

Todo era alegría, todo era felicidad. Los habitantes del planeta Lera lo tenían todo. Dios había sido muy generoso con ellos, como lo había sido con cada una de las criaturas del universo que había creado. Les había dado todo lo necesario para vivir cómodamente. Y así vivían; con gran comodidad.

Él había puesto dentro de cada uno de ellos una pequeña chispa de su luz y brillaban cual luciérnagas volando por la noche estrellada. Sin embargo, Dios no se sentía satisfecho. Brillaban, sí, pero ahí se quedaban. No brillaban más. No hacían que su brillo se extendiera sutilmente llenándolo todo, haciendo parte de todo, es decir, haciendo parte de Dios. Y Dios se sentía solo y se entristecía al ver a sus hijos, bellos y luminosos, pero en completa quietud. No evolucionaban, no crecían y en algunos momentos ni siquiera se acordaban de Él. Estaban tan acostumbrados a vivir su vida en gran comodidad, que ya ni siquiera miraban dentro de sí mismos. Y Él no los podía forzar a cambiar. Los había creado en libertad; los había dejado libres para que con sus propias experiencias evolucionaran.

—¡Después de todo el trabajo que he realizado al crearlos! —pensaba Dios—. ¡Y todo el amor que he puesto en mi mente al momento de darles vida!

Y Dios decidió efectuar un cambio en este planeta. Algo que les permitiera despertar y hacer que su luz interior brillara más y más. Algo que les obligara a buscarse a sí mismos. Y de esta manera decidió volverlos invisibles. Ya no se podrían ver a sí mismos tal como realmente eran.

Al mirarse en el espejo no podrían observarse. Tampoco podrían escuchar su verdadera voz en ese planeta. Ya no se observarían ni se escucharían, pues teniendo ojos no los usaron para observarse y teniendo oídos no los utilizaron para escucharse. De ahora en adelante tendrían que esforzarse para poder encontrarse a sí mismos, y al hacerlo, aprenderían.

Dentro de su plan, Dios les dio ropa para usar. Al ponerse la ropa en su cuerpo invisible podrían verse unos a otros, pero no como en realidad eran, sino como con su ropa parecían ser. A alguno le tocaría usar un vestido ancho y arrugado, y así lo verían sus amigos: ancho y arrugado, pero en su interior él seguiría siendo realmente un ser perfecto, tal como Dios lo creó. A otro, siendo también perfecto, le tocaría un vestido elegante, pero frío, sin alegría y malhumorado; y todos sus amigos pensarían de ahora en adelante que él sería así.

Dios también les dio unas máscaras. Usándolas podrían observar su cara. Pero no su verdadero rostro, sino aquel que la máscara tuviera. Y a través de esta máscara podrían escuchar, pero no su verdadera voz, armoniosa y musical, sino la voz que creaba la máscara. Alguien tendría que usar una máscara fea, y todos pensarían que esta persona sería así, fea y horrorosa; sin embargo, detrás de esta máscara continuaría siendo el mismo ser perfecto que Dios había creado.

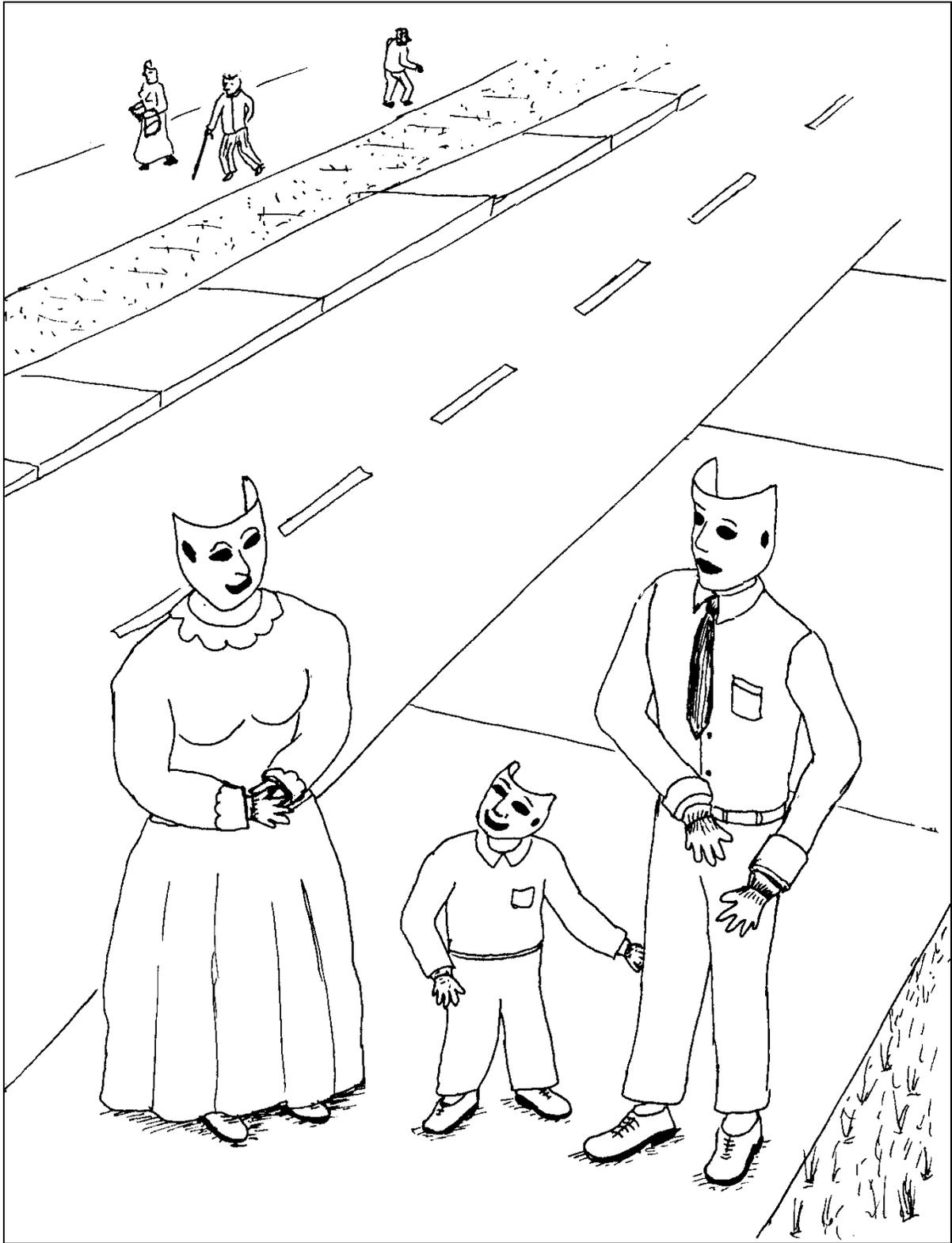
Y les dio guantes, para que con ellos pudieran coger con sus manos y trabajar en este planeta. Sin ellos no podrían coger nada. Y alguno podría perder por descuido uno de sus guantes y de ahí en adelante le llamarían “manco”, aun cuando todavía conservara su mano; y sus amigos, al no poderla ver, pensarían que le faltaba.



Y así vivieron a partir de ese momento: invisibles pero usando su ropaje. Y luego de un tiempo llegaron a creer que ellos no eran quienes realmente eran, sino la ropa que usaban y observaban. Sólo los verdaderos sabios pudieron llegar a descubrir con el tiempo quiénes eran en su interior. Sin ojos y sin oídos que les permitieran ver y escuchar su verdadero Yo, tenían que aprender a ver y escuchar con su corazón, con aquella chispa de luz que Dios había creado, aquella luz que realmente eran. Pero la gran mayoría permanecía en la ignorancia, imaginando que eran lo que su vestido mostraba.

Y hasta tenían miedo de cambiar de ropa. Tenían miedo al ver que su ropaje se hacía viejo y llegaba el momento en que debían abandonarlo. Y al momento de quitarse la ropa, tenían que sepultarla y guardarla. Y a este momento lo llamaban “muerte”, pero realmente no morían, pues su verdadero Yo es eterno e inmortal. Y algunos lloraban la “muerte” de sus amigos y familiares y les dolía este momento. Pero su dolor sólo se debía a que erróneamente pensaban que eran esa ropa que veían y no esos maravillosos seres inmortales que había dentro de esos vestidos. Aún no podían comprender la realidad.

Y así el planeta Lera cambió. Dios así lo quiso. Y puso a algunos de sus ángeles a cuidarlo y a guiar a sus habitantes invisibles con sus vestidos, máscaras y guantes. Y con su paciencia infinita esperaba a que uno a uno, sus amados hijos de este planeta, fueran encontrándose a sí mismos y descubriendo quiénes realmente eran, y así, evolucionando día tras día, volverían a Él.



UN NIÑO INVISIBLE COMO MUCHOS

Por la mejilla de Andrés se escurre una lágrima. Están sepultando a su padre y esto lo entristece; aunque lo que están enterrando es el vestido de su padre y no a su padre, pues ya estaba gastado y tuvo que abandonarlo. Todos allí, al igual que él, sienten mucha tristeza, pero aún no comprenden esta verdad. Sin embargo, Andrés, dentro de sí mismo, presiente que su padre no ha muerto. Su tristeza es causada por la sensación de separarse de alguien a quien ama mucho y que por mucho tiempo lo ha acompañado.

Andrés es un niño muy bello, o mejor dicho, el vestido que le ha tocado usar es más hermoso que el de la mayoría de los niños. Su máscara es sonriente, pero sus guantes son poco ágiles. No tiene habilidad manual.

—Ven, hijo mío —le dice su madre, al limpiarse algunas lágrimas de su máscara.

Todos ellos salen de ese sitio al que llaman “cementerio”, en donde entierran los vestidos inservibles.

Suben al auto y abandonan en silencio el lugar. Muchos con la sensación de dejar enterrado allí a un gran hombre, aunque en la realidad sólo han enterrado su vestido ya inservible. El padre de Andrés ya no está allí. Cumplió su ciclo natural dado por el Creador. Estará recordando por un tiempo todas las experiencias que tuvo en su vida y aprendiendo de ellas, ya en otro estado. Ya sin su vestido, que por una enfermedad se fue carcomiendo hasta hacerse inservible.

—Ánimo, hijo —le dice la mamá a Andrés.



Andrés va al colegio todos los días; lo disfruta mucho. Allí, con sus compañeros, juega a diario y aprende muchas cosas. Sin embargo, cuando más aprende es cuando está a solas, en silencio, admirando la naturaleza, contemplando un bello atardecer violeta o escuchando el canto de las aves en la mañana, o dejándose llevar por su imaginación que vuela entre las estrellas parpadeantes de la noche.

Algunas veces, al contemplar la noche estrellada y silenciosa, su imaginación vuela entre todos esos puntos luminosos allá brillando, en el amplio cielo. Otras veces imagina que entre esa multitud de estrellas viven ángeles luminosos, hermosas hadas y muchos seres sabios, los cuales son sus amigos. En otras ocasiones cree sentir dentro de sí mismo a alguien muy sabio que le da consejos, que le dice qué es bueno y qué es malo. Y es en momentos como estos, cuando observa las estrellas y está a solas consigo mismo, en que escucha a ese ser interior hablándole o simplemente acompañándolo. Siente su presencia, su cercanía, su inmenso amor.

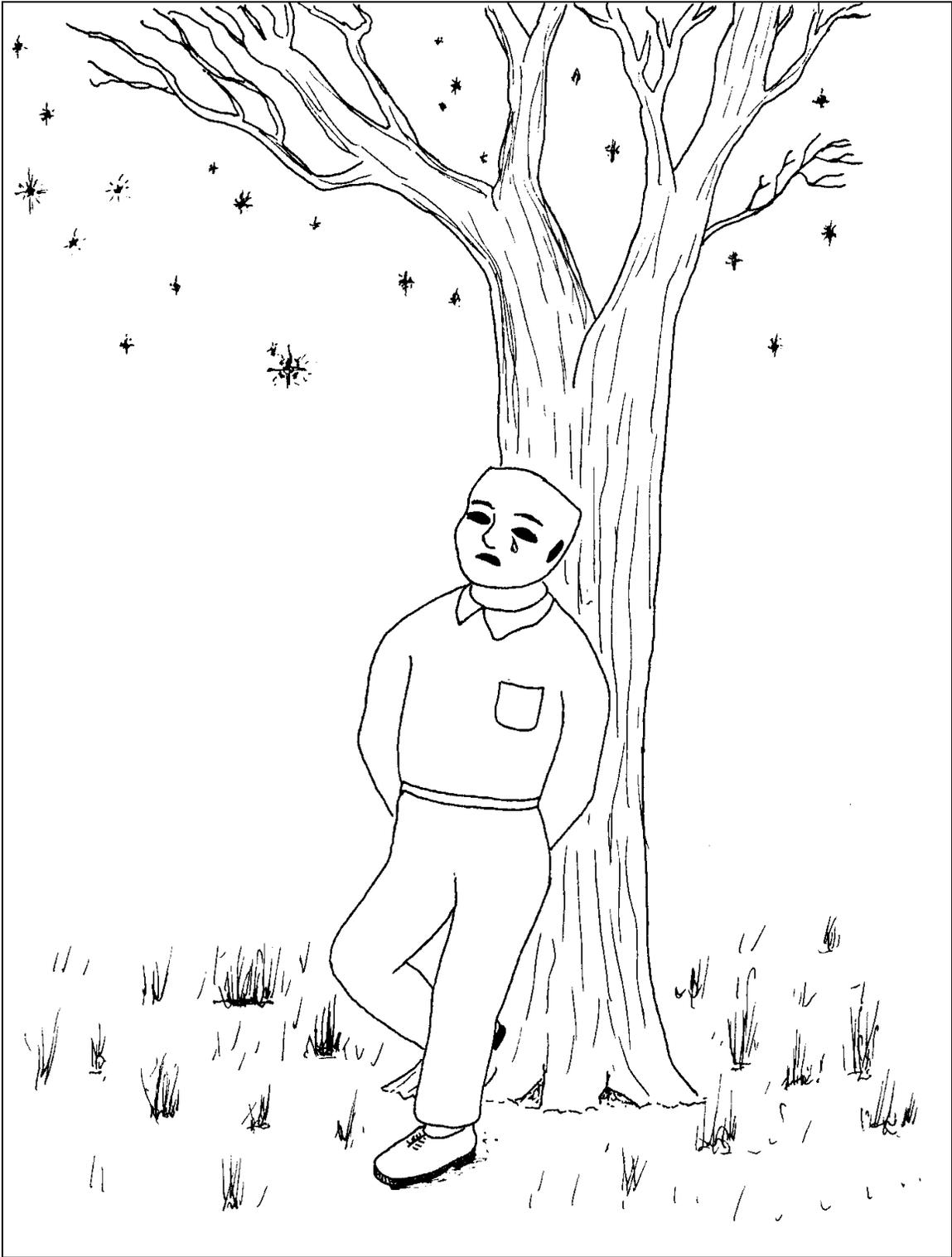
—¿Será ese el ángel de la guarda que, como dice mi mamá, me acompaña siempre? —piensa.

Sin embargo, no es el ángel de la guarda el que le habla. Su ángel de la guarda ya lo deja andar casi solo, pues ha crecido mucho y ya es muy sabio. Aquel a quien escucha es a sí mismo, a su ser interior. Escucha a una parte interna de él mismo que es muy sabia y que tiene el recuerdo de todo lo aprendido en su existencia, no solo con el vestido que ahora usa, sino aun de más atrás. Ese ser interior, que es la presencia misma de Dios, esa Chispa de Luz que puso en él.



Andrés ha evolucionado mucho, pero aún le falta un poco más antes de poder salir de su planeta a buscar otras aventuras. En otras ocasiones en que ha tenido que usar otros vestidos, ha logrado comprender muchas verdades que otros apenas comienzan a entender.

Andrés observa las estrellas... Está en silencio... Una lágrima rueda por su máscara al recordar a su padre. Lo ama mucho y lo extraña. Ve una estrella más brillante que todas y se imagina que allí está. Entre esa maravillosa estrella brillante siente que su padre vive ahora. El pensar que aún está vivo y existiendo en otro lugar o en otra dimensión lo consuela. Levanta su mano y saluda a la estrella... Las estrellas siguen allí, brillando en la bella noche... Silencio... Paz... Quietud...



LA ESCUELA

—Levántate ya, hijo —le dice su mamá.

Andrés con gran dificultad abre sus ojos y observa la máscara sonriente de su madre.

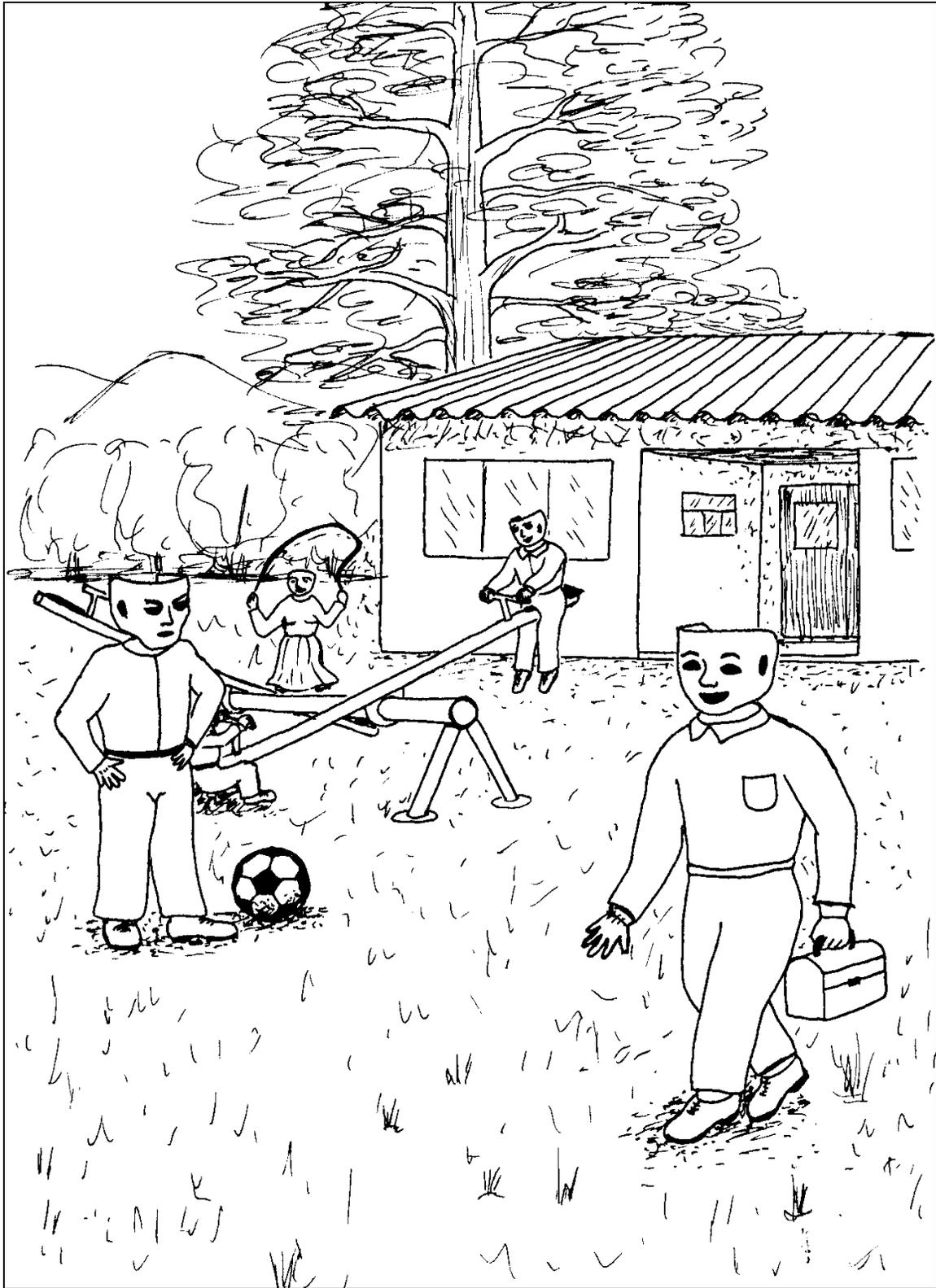
—Ya voy, mami —le responde.

Se pone de pies, bosteza y va al baño. Allí en la ducha asea su vestido. Cada día es conveniente limpiar el vestido para que esté saludable y funcione bien por muchos años. Resultaría incómodo vivir con un vestido maltratado. Se alista para ir a la escuela. Toma su desayuno y sale de su casa.

Más tarde, ya en la escuela, se encuentra con sus amigos. Ellos son muy amables con él. Sin embargo hay uno de ellos con quien nunca ha podido tener una relación armoniosa. Se trata de Carlos. Este muchacho es muy especial, muy colaborador, pero por algún motivo, no se ha entendido con Andrés. Quizás no le guste la expresión de su máscara o la forma de su vestido.

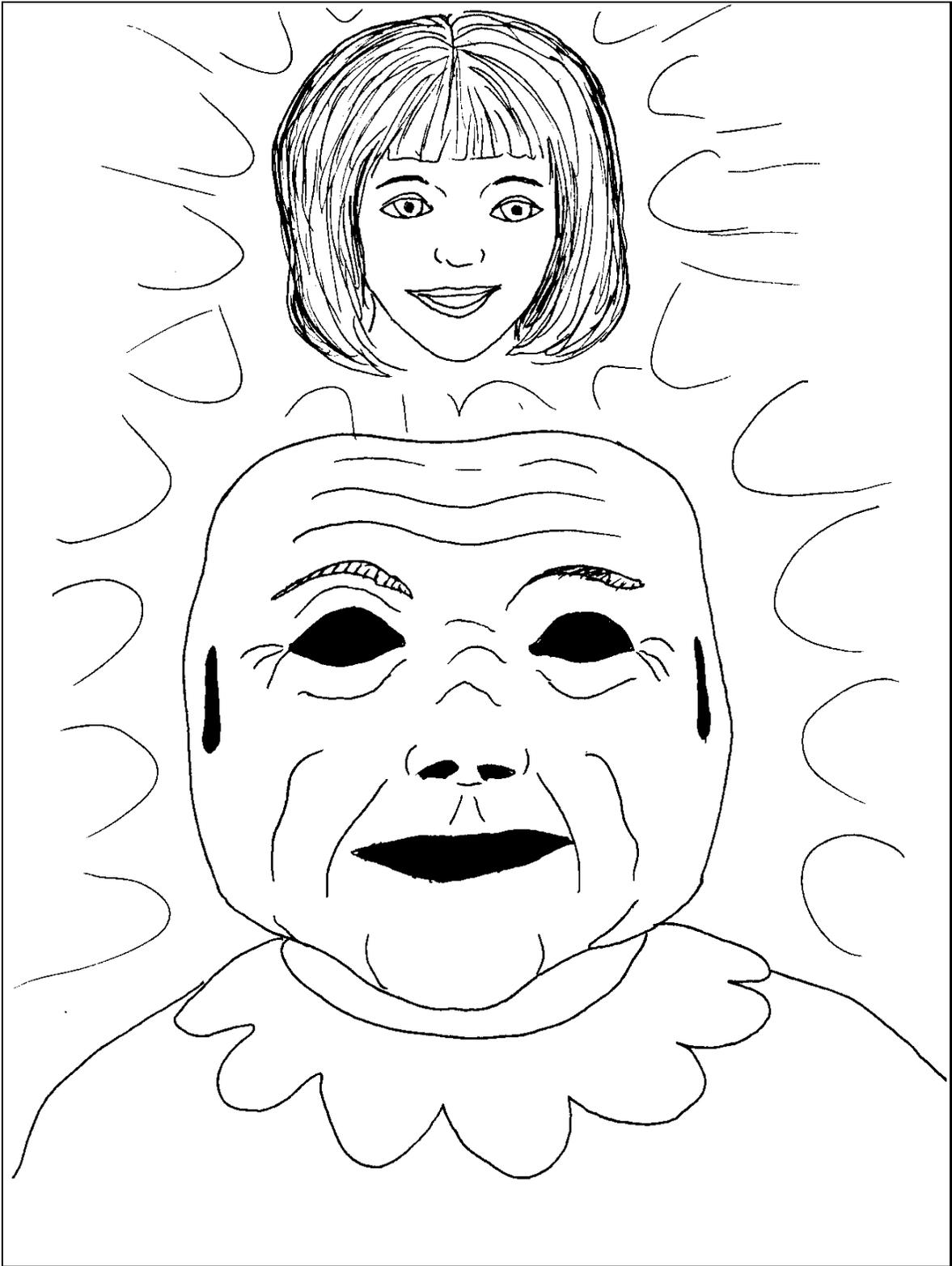
—Cuando realmente me conozca y vea que soy especial —piensa Andrés—, entonces cambiará de opinión.

El colegio no es muy grande y allí asisten niños de varias clases sociales. Estas clases sociales son divisiones que los habitantes del planeta Lera se han inventado, con ellas catalogan a las personas por características externas, tales como la apariencia del vestido, la cantidad de dinero y otras trivialidades. Se olvidaron de que todos vienen del mismo origen. Se olvidaron de que todos son creación del mismo Padre.



Un mes después, Andrés tiene en el colegio una extraña experiencia. Cuando juega con algunos de sus amigos ve alrededor de uno de ellos una extraña luminosidad. Es como una luz que sale de su vestido, color azulada, muy hermosa. Pero esta visión dura apenas unos segundos, pues al pensar en lo que ve y tratar de explicarlo, es decir, al dudar que está viendo algo real, inmediatamente bloquea esa capacidad y ese don. Él por momentos puede ver con los ojos de su máscara parte de la luz del verdadero ser que habita dentro del vestido. Con el transcurso de los días la escena se repite y poco a poco va ganando fe en sus visiones, hasta llegar el momento en que para él esto es natural. Llega a pensar que todo el mundo tiene esta misma capacidad y le agrada ver a cada persona como un ser luminoso, como la luciérnaga que vuela libre en la noche llena de estrellas. Sin embargo no es así, muy pocos han podido desarrollar esta capacidad, pues los ojos de sus máscaras aún no se han desarrollado. Para ello, debe haber mucho amor en cada ser y este amor fluir libremente, de tal manera que el vestido, la máscara y los guantes se vayan transformando, haciéndose más livianos y sutiles.

En otra ocasión, Andrés descubre algo muy interesante. Nota que al observar con mucho amor directamente a los ojos de cada uno de sus compañeros del colegio, y aun a los mayores, ve en ellos algo diferente de la máscara que todo el mundo normalmente observa. Parece como si la máscara desapareciera y se contemplara la verdadera cara invisible de cada persona. Alguna vez, al mirar a una persona que tenía vestido y máscara de señora mayor, un poco gorda, con la máscara muy arrugada, observándola a los ojos y dejándose llevar libremente por su imaginación, la máscara se hizo invisible y vio en ella a una niña muy hermosa, muy joven y alegre.



La observó tal como realmente es. Esto le pareció muy interesante y bello. Y se entusiasmó y por eso sigue practicándolo cada día.

Y se divierte mucho jugando con esto, pues algunas veces puede ver a las personas tal como son. Si hay un compañero del colegio que es muy agresivo o no amable con él o con los demás, como lo es Carlos, al mirarlo tal como realmente es, lo ve diferente. Lo ve como un niño tierno y bello, alguien muy especial y que es así porque quizás aún no ha desarrollado esta cualidad y solo mira máscaras y vestidos sin ver la realidad invisible.

En el salón de clases, Carlos está escribiendo en su cuaderno, pero se distrae por un momento y deja caer su lápiz al suelo. Observa a Andrés y decide molestarlo un poco:

—¡Alcánceme ese lápiz! —le dice Carlos a Andrés, con un tono impositivo.

En otra ocasión, Andrés se habría enojado y quizás hubiese respondido de igual manera. Sin embargo, como ya ve las cosas diferentes, simplemente se agacha, recoge el lápiz que su compañero tiró y sin sentirse molesto se lo alcanza.

—Con mucho gusto —le dice—, aquí lo tienes.

Al entregárselo, lo mira con mucho amor a sus ojos y puede ver su verdadero rostro y le sonrío. Carlos se llega a sentir incómodo ante esta mirada y en su interior se estremece algo o alguien que le hace ver que es poco cortés en la forma como pide las cosas.



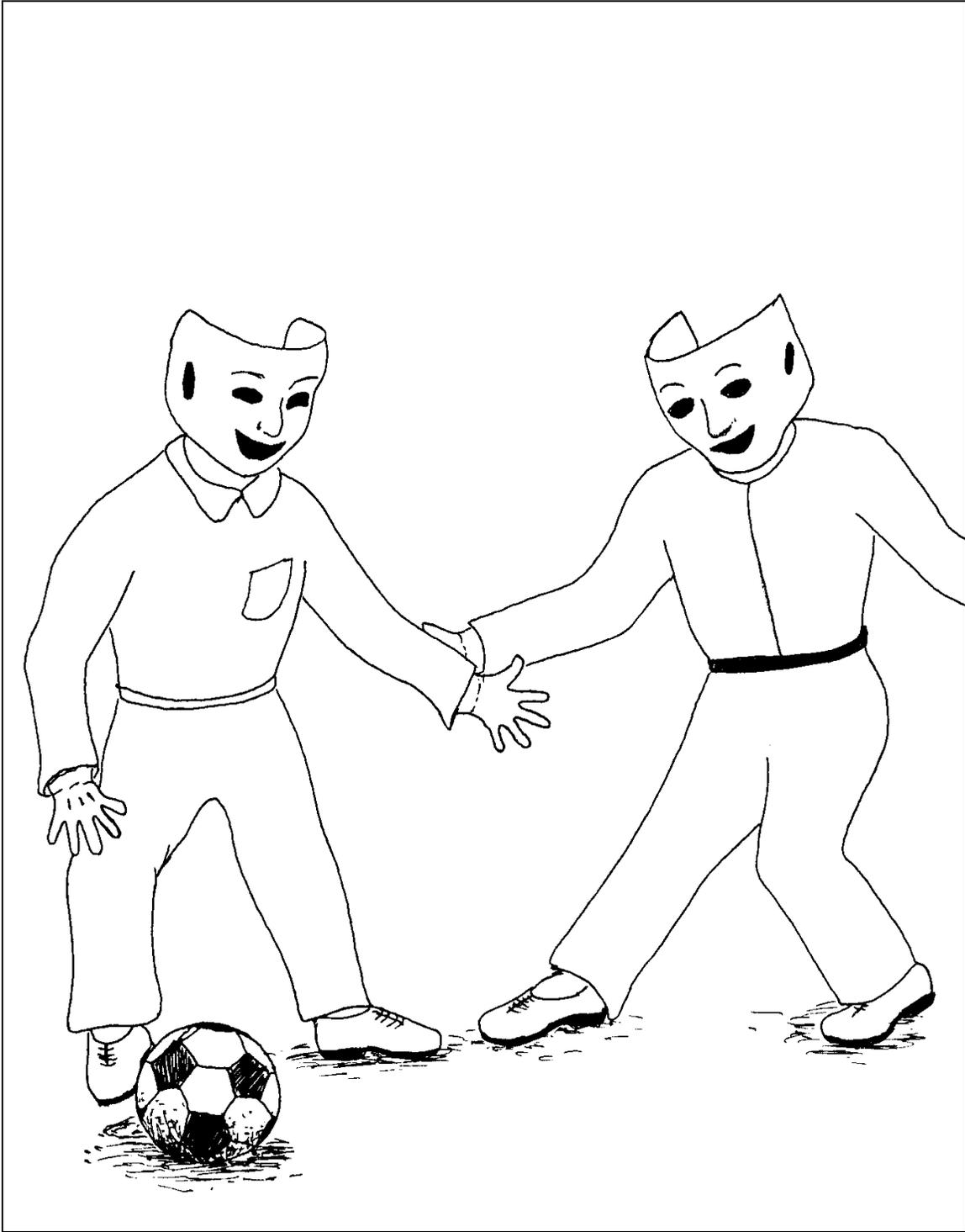
—Me gustó mucho la respuesta que diste —le dice Andrés.

—¿Cómo?

—Te digo que me gustó mucho la respuesta que diste cuando la profesora te preguntó sobre la situación mundial —le responde Andrés—. Eso de ser cada cual el que debe cambiar y no esperar a que el mundo cambie por sí solo es muy interesante.

Carlos se queda pensativo observándolo, como si viera a otro Andrés, más interesado en él. Llega a sentirse bien, pues no pensó que la respuesta que había dado a la profesora hubiese sido especial, y mucho menos le pasó por su mente la idea de que Andrés pudiese verlo así.

Con una serie de conversaciones como éstas, Carlos y Andrés terminan siendo amigos. Andrés descubre que si al hablarles a las personas no lo hace a la máscara, sino a la verdadera persona que ve detrás de ella, todo resulta más fácil. Y el amor es la clave para hacer invisible esta máscara y ver la realidad invisible que se oculta detrás de ella.



UN VESTIDO CON PROBLEMAS

Luego de dos años de la “muerte” de su padre, Andrés encuentra una serie de problemas con su vestido. Un virus que ataca las fibras de la ropa comienza a crecer en su camisa. La ciencia que practican en Lera no permite contrarrestar sus efectos. Tampoco los baños diarios con agua y jabón pueden sacar el virus que se expande poco a poco por todo su “cuerpo”. Y a este proceso lo llaman “enfermedad” y erróneamente creen que es Andrés y no su vestido el que está “enfermo”.

Y esto afecta mucho a la madre de Andrés, quien piensa que su hijo se está “muriendo” lentamente. Ella aún no entiende que se está deteriorando su ropa y no su hijo. Andrés, sin embargo, no tiene miedo por esta “enfermedad”, pues dentro de sí mismo y aunque tenga una molesta sensación en el vestido a la cual llaman “dolor”, sabe que él está completamente sano.

Y el virus continúa extendiéndose cada día más, hasta el punto de que una de esas personas dedicadas a arreglar vestidos, que llaman “doctores”, decide amputar una de las mangas de la camisa, pues allí el virus se ha desarrollado mucho y esto retarda el efecto destructor, que tarde o temprano terminará acabando con todo su vestido, al que llaman “cuerpo”.

Y debido a esto Andrés queda “manco”. A una persona normal esto le habría deprimido mucho, pues aún piensan que cada cual es lo que el vestido muestra. No se les ocurre que a pesar de haber perdido una manga siguen siendo seres completos. Pero Andrés, por todo lo que ha aprendido, sabe que esto no es así y alcanza a sentir su brazo completo, aunque no lo pueda observar.



—No voy a morir, mamá —le dice Andrés a su madre, quien está a su lado—. Lo que está muriendo es mi “cuerpo” y no Yo. Yo soy inmortal.

—Claro, hijo —le responde ella, sin comprender realmente lo que le está enseñando.

Una lágrima rueda en su “rostro” y el recuerdo amargo de la muerte de su esposo la hace sufrir. Su esposo “murió” de la misma “enfermedad” que ahora está destruyendo el vestido de su hijo.

—¿Por qué a mí, Dios mío, por qué? —piensa ella—. Yo he sido una buena mujer, una esposa excelente y una madre dedicada.

—No sufras más, mami.

Andrés la observa con mucho amor a sus ojos y ve su verdadero rostro. La ve sonriente y hermosa. Y continúa diciéndole:

—Mami. Lo que llamamos “muerte” no es realmente la muerte. Yo no soy eso que ves en mi “cuerpo”. Tú me ves “manco” y acabado por la “enfermedad”, pero dentro de este cuerpo estoy Yo, sano y completo. Mi “cuerpo” muere, pero no Yo. Estaré bien dondequiera que vaya. Quizás me encuentre con mi padre, quien también está vivo. Debes comprender que cada uno de nosotros está aprendiendo dentro de este “cuerpo” que Dios nos ha dado. Ya tu misión de madre ha concluido y debes dar gracias a Dios, como yo las doy, por haber tenido la oportunidad de estar juntos. Fue muy agradable ser tu hijo.



—Quizás más adelante conozcas a alguien —continúa diciéndole—, que te pueda dar mas hijos como yo. No te preguntes más, ¿por qué me tienen que pasar esas cosas tristes? Más bien pregúntate, ¿por que no puedo yo continuar aprendiendo en mi vida? ¿Por qué no puedo disfrutar la vida? Nos volveremos a ver, estoy seguro de eso.

—He aprendido muchas cosas, mami. Estoy muy agradecido por ello. Has sido una madre excelente. Me has enseñado mucho y he aprendido que el amor es muy importante. También he aprendido que la vida no es lo que parece. Creemos que podemos ver muchas cosas, dominar el mundo, poseer “tecnología” muy avanzada. Pero muy poco hemos aprendido de la realidad. Hemos olvidado que lo más importante es observar dentro de nosotros mismos. Allí encontramos verdades que no hallaremos ni en el fondo de los océanos ni en la profundidad del espacio. Debemos comprender quiénes somos, observar y sentir esa realidad invisible que realmente somos. Te deseo mucha suerte en tu camino y, por favor, no sufras por mí, pues estoy y estaré bien.

Dos días después de esta conversación el vestido de Andrés llega hasta tal punto que ya no puede continuar con él. Tiene que abandonarlo para salir a buscar nuevas aventuras. Y se produce el cambio que llaman “muerte”.



UNA NUEVA AVENTURA

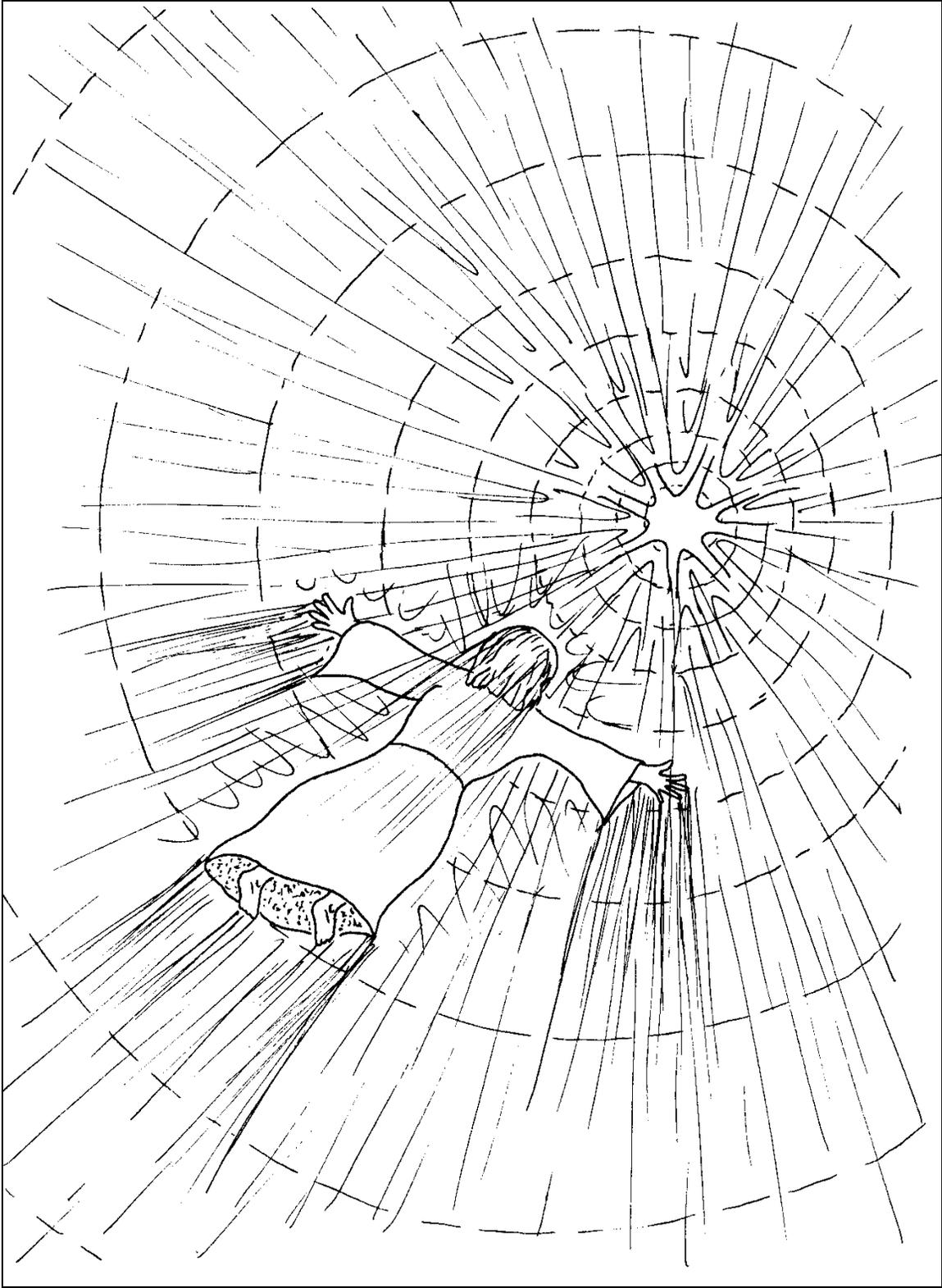
Andrés observa a su madre y sus amigos. Están todos tristes. Les quiere hablar, pero ellos no le escucharían.

—Si supieran que aún estoy vivo —piensa.

Los ve a todos salir del “cementerio” donde dejaron su vestido enterrado. Se siente un poco triste al verlos así, pero comprende que más adelante ellos entenderán que la “muerte” no existe y “morir” no es terrible. Lo terrible es vivir sin aprender o sin tener conciencia de quién realmente se es.

Mira su cuerpo, su verdadero cuerpo ya sin vestido y lo ve hermoso, luminoso y liviano. Se da cuenta de que puede volar fácilmente. Ya no necesita de pantalones para desplazarse caminando. Todo luce diferente, más brillante. Todo se ve hecho de luz. Y siente una paz infinita, una sabiduría que le hace comprender casi todo. Y recuerda su vida, todo lo sucedido. Ni aun los momentos más tristes le causan ya tristezas. Es una alegría serena y permanente.

Volando por allí, observa una hermosa luz brillante al frente suyo. Se forma un gran túnel de luz y sabe que debe entrar en él, pues al otro lado lo espera “alguien”. Vuela por allí y la sensación de paz y alegría es mayor en todo momento. De la luz al final del túnel salen varios seres luminosos que vuelan a su encuentro, y con mucho amor lo acompañan y lo guían. Lo saludan con mucha alegría, como si fuesen viejos amigos, grandes hermanos que hace mucho tiempo no veía. Ellos lo toman de la mano y viajan hacia la luz.



Llegan a una gran ciudad blanca. Allí todo el mundo es hermoso y perfecto. Todos sin sus vestidos. No más pantalones rotos. No más camisas dañadas ni máscaras arrugadas. No más ropa que se deteriora con el paso del tiempo. No hay que caminar lentamente. Ahora se vuela libremente y se vive en mucha paz.

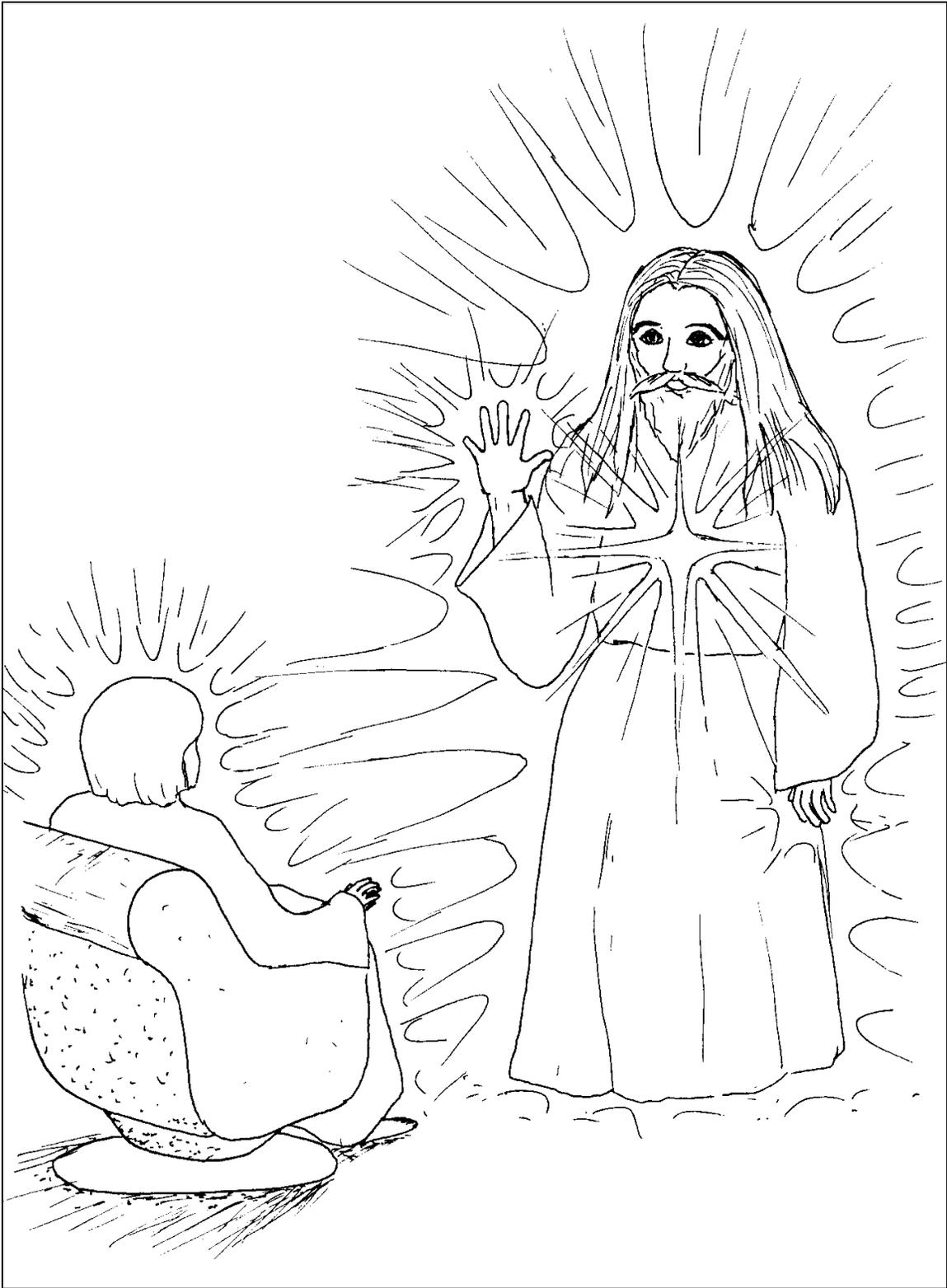
La ciudad está llena de hermosas casas que irradian como si tuvieran luz propia. Las plantas son traslúcidas y resplandecientes. Allí no se necesita de la luz eléctrica, pues todo brilla por sí mismo.

Volando sus amigos luminosos lo llevan hasta un hermoso palacio hecho como de cristal. Entran en un gran salón y lo sientan en un sillón muy cómodo. Lo dejan allí y se retiran. Él se queda solo esperando por unos instantes. El techo del salón es en forma de bóveda y en la parte superior algo brilla con mucha intensidad. De allí se desprende una luz que ilumina el centro del salón y aparece ante él un señor, alto, con barba y cabellos largos. Es como un dulce anciano, pero su cara es tersa como la de un joven. Su sola presencia es imponente y siente algo muy especial ante él. Experimenta un profundo respeto y una sensación de humildad infinita. Este señor se le acerca y lo observa con una dulce mirada. Al observarlo a sus ojos, percibe como si una energía de amor infinito fluyera hacia él y todo su ser se llenara de alegría. Es como la mirada del más amoroso de los padres que pudiesen haber existido.

—Tú... ¿eres Dios? —le pregunta Andrés tímidamente.

Él lo observa y le sonríe.

—No soy aquel que llamas Dios. Soy su hijo como lo eres tú. Todos nacimos de Él y vivimos en Él.



—Entonces, ¿en dónde está Dios? —le pregunta al joven anciano.

—Está dentro de ti y tú estás dentro de Él. Está en todas las cosas que observas. Está en todos los seres que te rodean. Llena todo lo que es, ha sido y será.

—Y entonces, ¿quién eres?

—Soy alguien como tú o como cualquier otro ser que conoces. Quizás he podido aprender más cosas y tener más experiencias. Pero soy un ser más que existe en eso que llamamos universo. Soy quien debe ayudarte en tu paso por este lugar. He estado contigo por muchos milenios y seguiré a tu lado hasta que no necesites usar más vestidos, ni máscaras, ni guantes, ni zapatos. Eso ocurrirá sólo cuando el amor te llene plenamente y seas uno con Dios. Sólo entonces iniciarás esa nueva etapa para seguir evolucionando y aprendiendo en otro nivel, aquel en el que yo me encuentro ahora.

—¿Mi mamá también podrá llegar a ese estado?

—Por supuesto. Todos los seres estamos llamados a recorrer caminos paralelos que nos conducen hacia la misma fuente. Yo fui como tú. Tuve que aprender de la misma manera. Alguna vez tuve que usar vestidos y todo eso. Alguna vez también llegué a pensar erróneamente que esas máscaras y vestidos eran la realidad. Pero un día comprendí lo que tú estás comenzando a entender, y es a conocer al verdadero ser que somos y que para aprender más, debemos usar dicha ropa. Tu madre está aún trabajando por llegar a comprender eso. Por eso ha sufrido en su vida en Lera. Ella se apega mucho a las cosas materiales y por eso tú y tu padre la están ayudando.



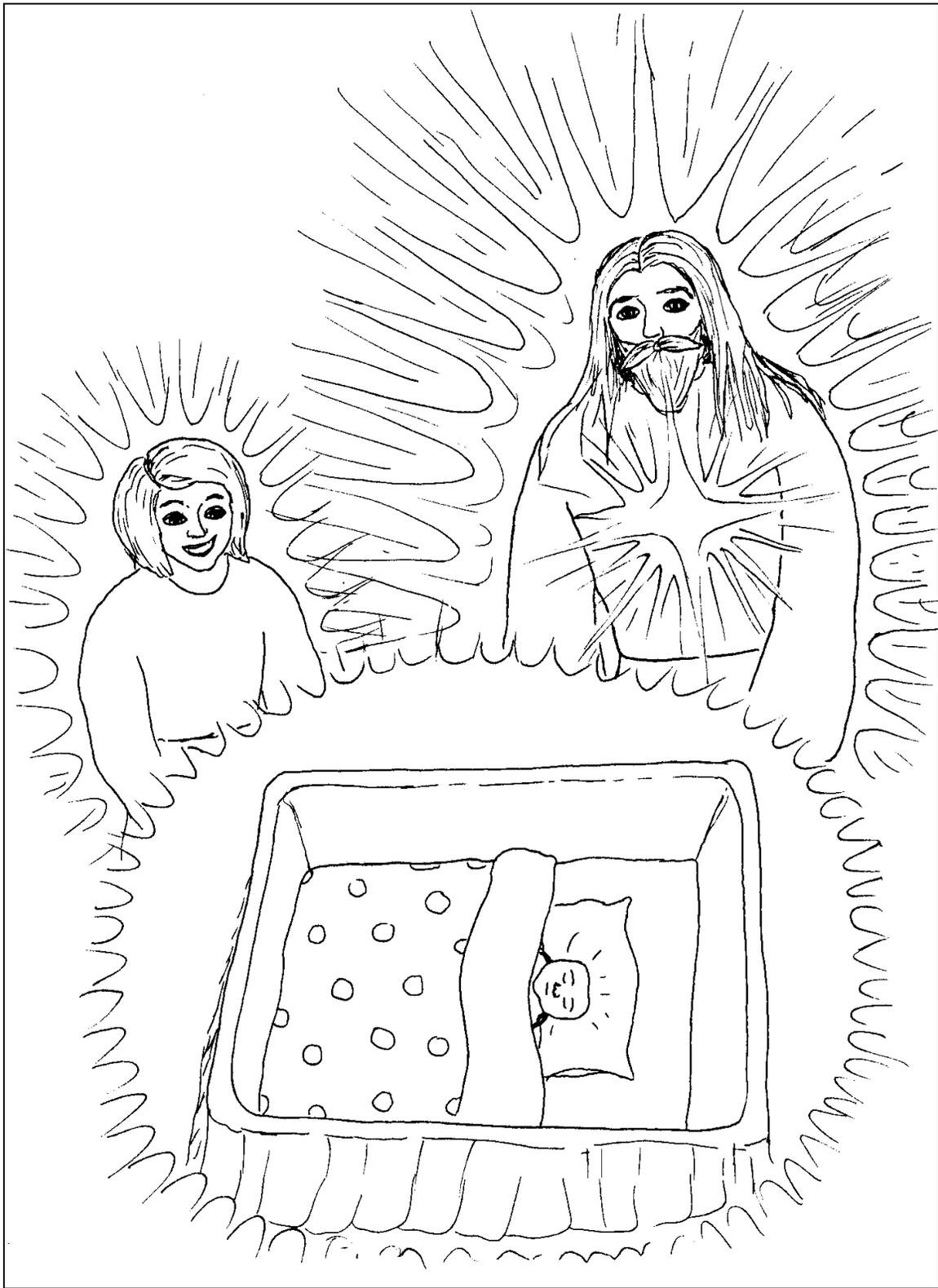
—¿Cómo dices que yo estoy ayudando a mi madre? Y mi padre, ¿también la ayudó?

—Hijo mío. Aún no recuerdas que tú mismo decidiste ayudarla y por eso la escogiste como madre tuya; pronto recordarás. Sabías que ibas a nacer en su hogar y que tú regresarías a nosotros muy joven. Ella sufre al perderte. Sufre por su apego. Cuando el amor crezca más en ella, entenderá que tú estás bien y que no importa ni el tiempo ni la distancia, permanecerá unida a ti y unida a todos los seres. Ella aprenderá a amar a todos los seres por igual y todos ellos serán como su adorado hijo y a la vez se sentirá como la hija adorada de ellos. Sentirá y aprenderá, como tú también lo harás, que no somos seres independientes ni separados; todos hacemos parte de lo mismo, de esa energía amorosa y consciente que tú llamas Dios. Tu padre también estuvo ayudándola de igual manera. Ella ha sufrido mucho, pero eso se ve recompensado por la gran sabiduría que está adquiriendo.

—Tú hablas de mi padre. Pero aún no lo he visto. ¿Dónde está? No ha salido a recibirme.

—El no se encuentra aquí. El ya regresó a Lera. Ha regresado y está usando un nuevo vestido y una nueva máscara. Ven te lo muestro.

Andrés se pone de pies y sigue al anciano a un costado de la gran habitación. Allí se forma en el aire una esfera de luz en la cual aparece la imagen de una casa normal de Lera. En un hermoso cuarto, entre una cuna, hay un precioso bebé. Duerme dulcemente. Una mujer, la madre de este pequeño, se acerca en forma silenciosa, observa al bebé durmiendo, le sonrío y sale cuidadosamente de la habitación para no despertarlo.



—Él es tu padre —le dice el anciano.

—¿Ese bebé es mi papá?

—Así es. Ya regresó a aprender en un nuevo ciclo de vida; en otra familia y con otras experiencias.

Andrés observa ese tierno bebé. Le cuesta trabajo ver a su padre tan joven y pequeño. Sin embargo, en su interior percibe que ese es en verdad su padre. También comprende que no importa la edad que muestre la máscara ni el vestido, su color o forma, cada ser es el mismo, sin edad ni raza. Él mismo, Andrés, no siente edad; es anciano y joven, niño y adulto. Es una sensación rara, como lo que puede sentir aquel anciano que a la vez es joven. Es la realidad que en este nuevo estado se percibe con más fuerza.

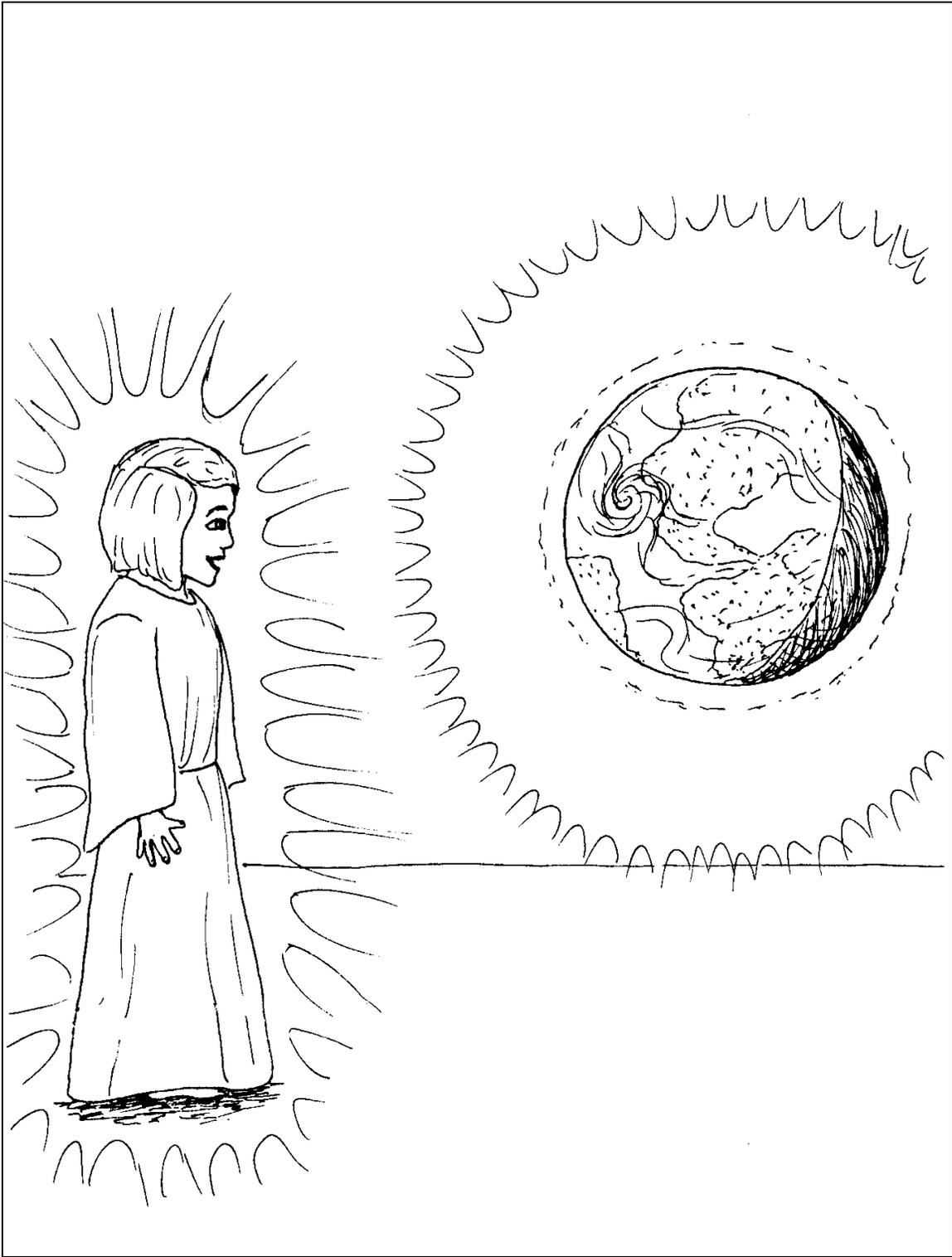
Y Andrés permanece allí por algún tiempo. Es difícil decir si por algunos días o meses, pues aun el tiempo es diferente allí. Finalmente un día se encuentra de nuevo con aquel anciano joven.

—¡Ya estás listo! —le dice el anciano.

—¿Listo? ¿Para qué estoy listo?

—Para regresar a Lera. Ya has recordado todo lo que debías recordar y has asimilado tu vida anterior. Ya estás listo para emprender una nueva aventura.

Andrés comprende que debe regresar a Lera a vivir de nuevo, a volver a ser niño, a vivir alegremente aprendiendo con las nuevas experiencias. Desde allí observa su planeta y siente un profundo amor hacia sus habitantes.

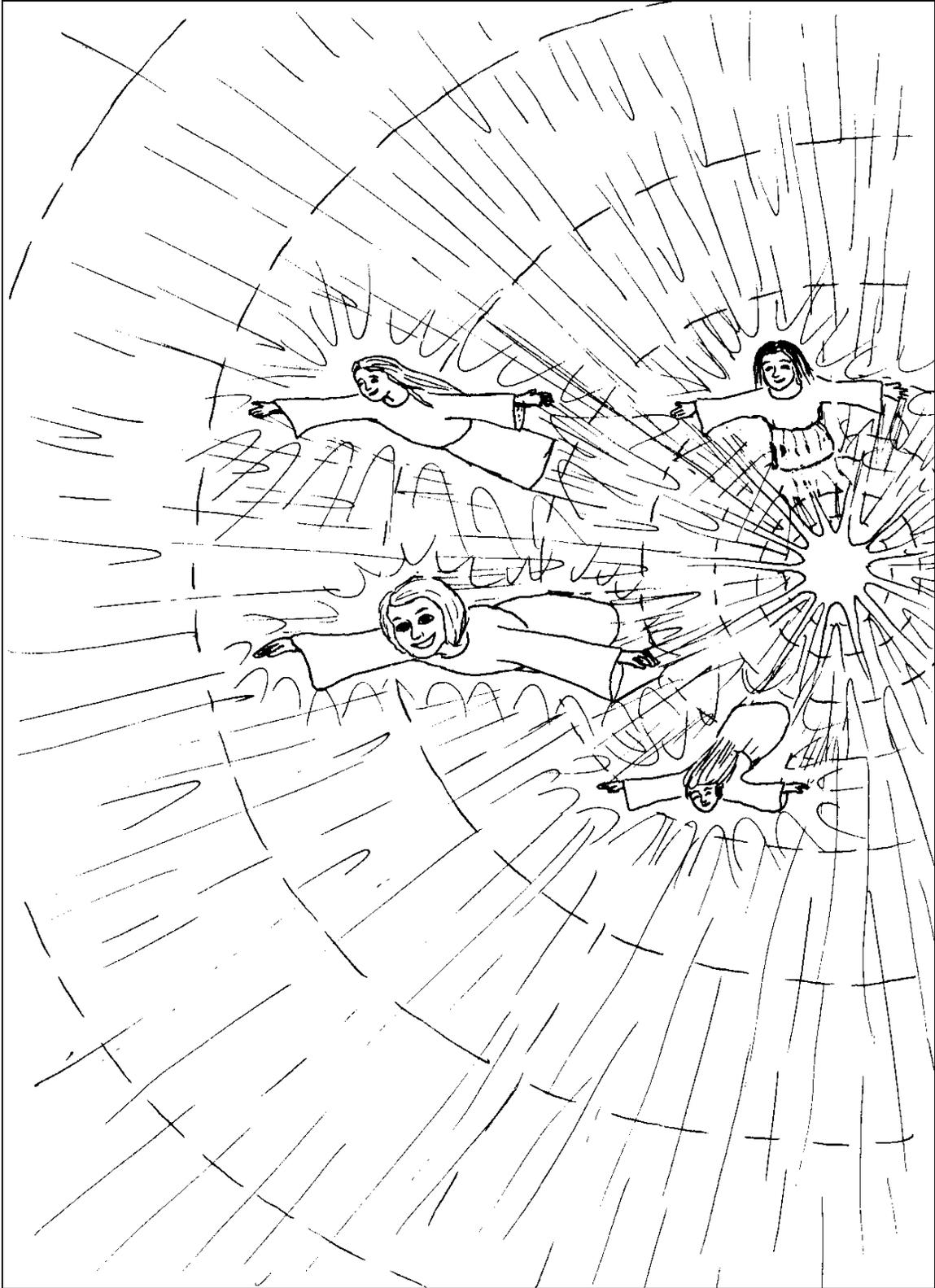


—Podrás regresar con tu antigua madre, si lo deseas —le dice el anciano—. Ella se ha vuelto a casar y tú podrías ser el primer hijo de su nuevo matrimonio; si así lo deseas.

—Me gustaría mucho. Sería un privilegio regresar con mi madre.

—Bueno, pues allí llegarás. En esta ocasión vivirás muchos años más. Vivirás al lado de ella por mucho tiempo. Ella regresará aquí primero que tú. Tendrás la oportunidad de ayudar a muchas personas. En esta ocasión serás alguien famoso. Te conocerá mucha gente. Pero deberás tener mucho cuidado, pues la fama te puede estancar. Si sientes que estás en la cumbre de la montaña, no tendrás a donde seguir subiendo. Allí te quedarás, en la cumbre de la fama: estancado. Conserva tu humildad y seguirás en todo momento ascendiendo y aprendiendo más y más de la existencia misma. Esta será una prueba para reforzar tu humildad y aplacar el orgullo. Mucha suerte en tu nueva experiencia. Piensa que en todo momento estaremos contigo para ayudarte. Pero no podremos obligarte a seguir un camino u otro. Tú mismo debes escoger. Tus propias decisiones te llevarán por donde quieras seguir. No podremos interferir en tu vida. Tan sólo te podremos dar llamados de atención, pero serás tú mismo quien decida.

Y luego de esto, la habitación donde está Andrés se ilumina completamente. Varios de sus amigos luminosos lo llevan volando hacia el techo de la habitación y lo regresan por el túnel de luz. Retorna a Lera, de regreso a la nueva aventura que es la vida. Volverá a usar vestido, máscara y zapatos. Todo lo que ha aprendido le servirá, pero no podrá recordar sus vidas anteriores. Deberá concentrarse en vivir la nueva vida y vivirla bien.



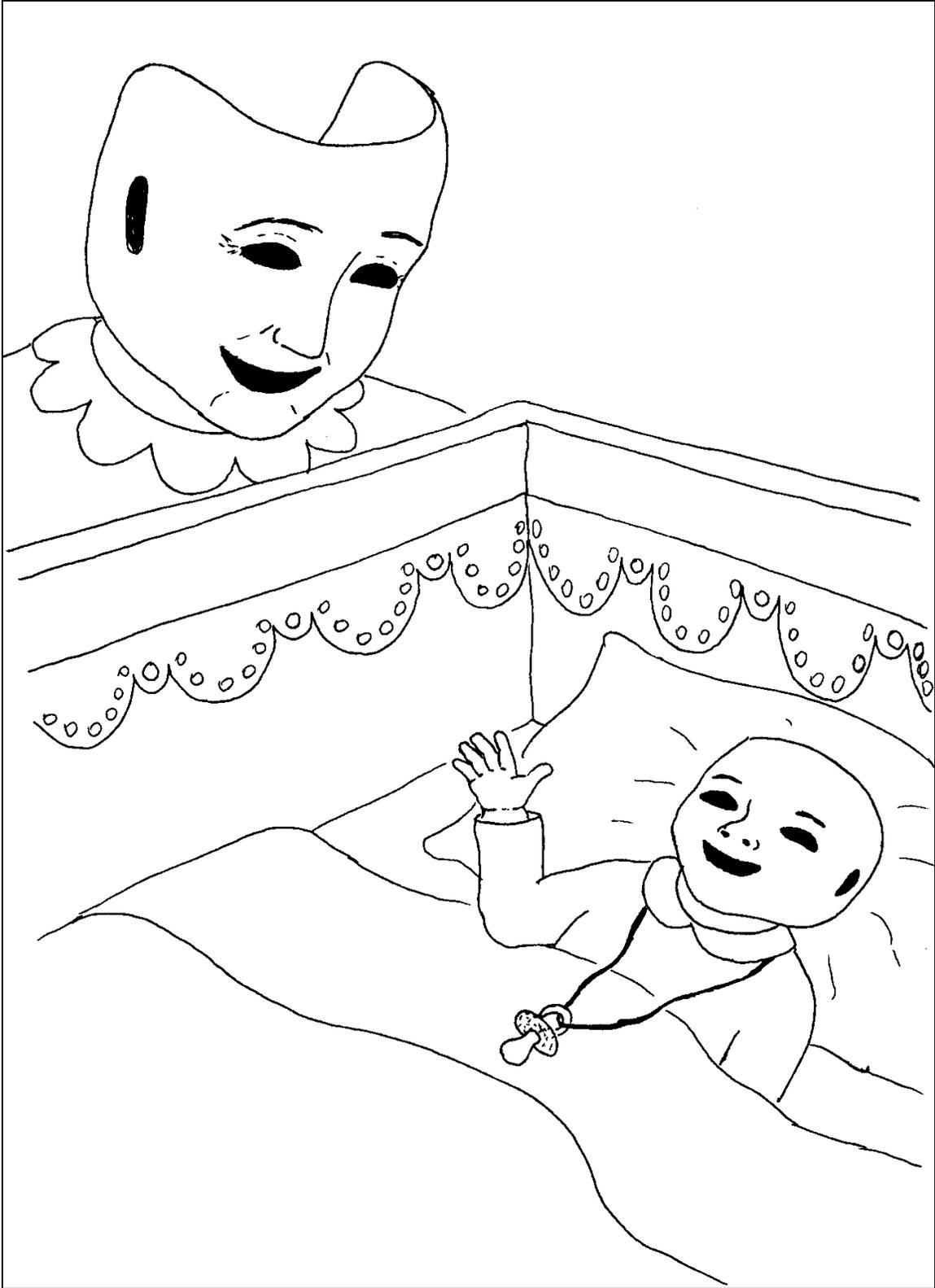
UN NUEVO DIA

La habitación es muy bella. Hay muchos adornos, muchos juguetes y hermosos cuadros en las paredes. El aire es muy fresco y lleno de amor. Andrés se ve a sí mismo en el vestido nuevo que ahora tiene que usar. Es pequeño y frágil, pues es apenas un bebé. Siente mucha paz. Lleva varios días desde que nació y ya está ajustándose bastante bien a su nueva ropa. La máscara le queda muy bien y, aunque no es tan bella como la que había usado en la ocasión anterior, sí es una máscara de alguien muy inteligente. Levanta sus pequeñas manos y ve sus guantes, muy bien formados.

A la habitación entran sus padres. Los ve acercarse a su cuna y observarlo con mucha ternura. Observa a su mamá y la reconoce muy bien. Es ella, piensa. Trata de hablarle, pero aún no puede. Tan sólo le sonrío al verla tan feliz. Ella ha renacido. Ella ha calmado todos sus dolores causados por la pérdida de su esposo anterior y de su hijo: él mismo. Pero ahora, inconscientemente sabe que es Andrés, su hijo, quien ha regresado a ella, y por esto su alma herida se sana.

Con el paso de los días, Andrés irá olvidando su vida anterior. Es como el despertar de un hermoso sueño, el cual se recuerda por unos instantes, pero que al cabo del tiempo se olvida y tan sólo queda la sensación agradable de haber soñado.

Crecerá como cualquier niño. Aprenderá a caminar con sus nuevos pantalones, a hablar a través de la nueva máscara y a usar sus guantes. Jugará como todo niño. Llorará cuando tenga hambre y reirá cuando se sienta feliz.



Sus padres le enseñarán lo que requiera en esta nueva vida. Regresará a la escuela. Disfrutará de nuevo con otros compañeros del colegio. Se enamorará y hará su propio hogar. Con el tiempo se hará famoso tal como se había previsto, y aprenderá que la única fama que todo ser debe buscar es el encuentro consigo mismo; y allí, en su interior, encontrarse con el Padre Creador.

Y así, el planeta Lera continúa con su evolución. Cada ser va aprendiendo, al luchar contra las dificultades. Cada uno de ellos irá evolucionando y estando cada vez más lleno de amor y expandiendo su conciencia hasta llegar de regreso a su origen, a hacer parte de Dios mismo. Y hacer que aquella chispa de luz amorosa que brilla en su interior, ilumine el Universo y sea parte de Dios.

Y mientras sus padres y amigos rodean su cuna, él piensa:

—Nadie me puede reconocer aún, porque YO SOY INVISIBLE.